

# EL ANGEL DEL HOGAR,

PAGINAS DE LA FAMILIA.

Revista semanal de literatura, educacion, modas, teatros, salones y toda clase de labores de inmediata y reconocida utilidad.

EJEMPLOS MORALES, INSTRUCCION Y AGRADABLE RECREO PARA LAS SEÑORITAS.

Bajo la direccion de

MARIA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

**Sumario.** *Hija, esposa y madre* (continuacion), por Maria del Pilar Sinués de Marco.—*El pasajero y la flor*, poesia, por doña Maria Verdejo y Durán.—*Un paso mas...* (continuacion), por D. Jerónimo Lafuente.—*El lucero de la tarde* (continuacion), por doña Enriqueta Lozano de Vilchez.—*Revista de teatros*, por D. Julio Nombela.—*Esplicacion y aplicacion del figurin de modas*, por Pamela.—*LÁMINA*—Un figurin.

## HIJA, ESPOSA Y MADRE.

CARTAS DEDICADAS A LA MUJER ACERCA DE SUS DEBERES PARA CON LA FAMILIA Y LA SOCIEDAD.

PARTE PRIMERA.

HIJA.

(Continuacion).

XXIV.

MÉLIDA Á MADAME HONORIA.

Castillo de Montemar, setiembre de 18...

Ya han llegado mi madre y mi hermana, señora y amiga mia: ya he podido abrazarlas, y gustar de ese inmenso placer, que me estaba vedado hace tanto tiempo!

Yo no sé cómo explicar á V. lo hermosa que está Clara: ha crecido mucho y su estatura excede algun tanto los límites regulares: es delgada, y su talle tan maravillosamente elegante, que no he visto otro al que pueda compararlo.

Además, sus ojos y cabellos negros, el corte perfecto de su cara, la graciosa magestad de su frente, y su nariz griega, la hacen una belleza de primer orden.

Su talla pasa á la mia toda la cabeza: y al vernos juntas, ha dicho la Mariscala con su lenguaje á la par sincero y retumbante:

—Hijas mias, no pareceis hermanas: Clara se asemeja á la soberbia magnolia; y Mélida á la tierna y débil caña que se mece á orillas de un lago.

En cuanto á mí, yo no sé lo que habrán ha-

llado de nuevo, porque mamá ha llorado mucho al abrazarme, y á Clara se le deslizaban gruesas lágrimas por las mejillas al mirarme.

Sin embargo, á mí no me duele nada, y aunque he estado triste durante muchos dias, solo ahora es cuando verdaderamente padece mi espíritu.

¿No es verdad, amiga mia, que esto le parece á V. extraño? Voy á decirle el motivo y comprenderá mi dolor.

César está enamorado de Valentina: no me queda duda: ¡y va á casarse con mi hermana!

¡Sí! los preparativos siguen con gran actividad: el arzobispo, hermano de la Mariscala, ha alcanzado en Madrid el título de marqués de Montemar con grandeza para César: era ya lo único que faltaba para el esplendor de esta opulenta y poderosa familia; pero ¡Dios mio! ¡adornará esta corona de marquesa la frente de Clara ó la de Valentina? yo no lo sé; y cualquiera de las dos cosas que suceda, no puedo menos de temblar por el porvenir.

Clara ignora todo lo que yo sé: si se casa con un hombre que ama á otra ¿qué suerte le espera?

Si se deshace este enlace ¿qué dirán si ya se ha hecho público?

¡Oh, suceda lo que suceda, Clara se volverá loca, y mi madre morirá de dolor!

Yo no culpo á Valentina, porque ya sabe usted, amiga mia, que sé sentir, pero no acusar, y menos á ella que tanto la quiero: y sin embargo, en el fondo de mi alma hay una voz que me dice que es ella quien tiene la culpa de todas las desgracias que van á caer sobre nosotros!

Referiré á V. los hechos y juzgará.

Mamá y Clara llegaron cinco dias hace por la noche: al dia siguiente por la mañana llegó César.

Yo pasé ya en el castillo la noche de la llegada de aquellas: Clara y yo pedimos dormir en el mismo cuarto para poder hablar, y en

16 DE SETIEMBRE DE 1864.

efecto, en un lindo dormitorio se nos dispusieron dos camas iguales.

En toda la noche dormimos. Clara me habló de su amor por César, al que me pintaba con todos los colores de la pasión, y me aseguraba ser muy feliz: hacia proyectos para cuando se casara, y me decía:

—Mamá y tú vendreis siempre con nosotros en nuestra magnífica carretela; tú, sobre todo, estarás siempre á mi lado y te casarás con algun jóven noble, rico é interesante como César.

Cuando á la mañana siguiente llegó este, encontré su persona mas hermosa de lo que Clara me habia pintado; pero encontré tambien en su fisonomía algo que heló mi entusiasmo; él me estrechó las manos llamándome su querida hermanita y me dijo que no habia visto cara mas interesante que la mia.

Poco despues fui á casa de Valentina á recojer mi equipaje, y esta se vino conmigo al castillo, segun costumbre, pues la Mariscala gusta mucho de ella.

Yo estuve un rato con mamá, y hablaba con ella cuando llegó á interrumpirnos Valentina.

—Tu hermana me ha dicho que me llamabas dijo friamente: ¿es verdad?

—Sí, le respondí; la he dicho ya hace rato que queria verte.

Mi madre salió entonces y nos dejó solas.

—¿Qué te pasa? le pregunté al ver la contrariedad que se pintaba en su rostro: ¿estás enojada?

—Sí, me respondió; tu hermana es insoponible, y creo que aquí seremos enemigas tan irreconciliables como lo éramos en el colegio!

—¿Pero qué te ha hecho!

—Porque el hijo de la Mariscala me saludó, me miró ella con el aire mas despreciativo, y me despidió de allí, diciendo que tú me llamabas!

—¡Vamos! dije yo deseando calmarla: ¿y es eso todo, mi buena Valentina? tú eres muy linda. Clara está enamorada... ¿por qué estrañas que tenga celos?

Valentina pareció cambiar el rumbo de sus ideas con esta respuesta mia, porque sus ojos lanzaron destellos de placer: yo no sé por qué la espresion de su semblante me hizo daño, y me heló de terror; luego se levantó y me dijo:

—Adios: voy á mi casa para escribir á madame Honoria.

Salió, y un instante despues entró Clara.

Traia las mejillas rojas y los ojos centelleantes: dejóse caer en el sillón mas cercano á la puerta, y me dijo con voz ahogada:

—Mélida, si me amas, es preciso que dejes de ser amiga de esa aldeana insolente: desde luego te prevengo que no quiero verla mas aquí, y así se lo he dicho á la Mariscala.

—¿Qué te ha hecho? le pregunté, mientras ella enjugaba con su pañuelo algunas lágrimas que le arrancaba la cólera.

—¿Qué me ha hecho! la he hallado de conversacion con César, coqueteando y haciéndose la interesante: yo la despedí de allí, y él la siguió con los ojos: luego ha dicho que es la muchacha mas linda que ha visto en su vida! y sin decirme ni una sola palabra, me ha vuelto la espalda y se ha ido!

—Hermana mia, por Dios, cálmate! le he dicho asustada de su exaltacion y abrazándola: ¿por qué das importancia á esas cosas? si Valentina vale poco á tus ojos, ¿por qué la estimas en tanto? Clara, todos los males son mayores cuando una imaginacion como la tuya los aumenta.

—Y la Mariscala que iba á convidarla á comer hoy! exclamó Clara: ¡oh, si viese sentada á la mesa á esa miserable palturda, á la que no querría ni aun para camarera mia, me moriría de dolor y de cólera!

—Clara, serás vengativa! exclamé.

—Sí! de ella me vengaré! prométeme no volver á su casa.

—¿Pero no ves que eso es una ingratitud?

—¿Y qué importa? si has vivido allí, el honor ha sido para ellos: además, eso ha dado lugar á yo no sé qué historia de otro labriego, que se ha enamorado de tí... ¡ah! dá á estas gentes una sonrisa, y verás qué pronto te ofrecen ellos la mano proclamándose tus iguales! no, no, Mélida! si no quiéres que sufra mucho, no vayas á casa de Herrera!

—No iré, le dije para tranquilizarla.

—Hé ahí cómo lleva adelante sus humos de la pension! y mamá que te envió para curarla de sus tristezas! dónde está á veces su talento?

—Clara, le dije con seriedad: jamás debemos juzgar de los actos de nuestros padres, si no respetarlos; mamá me ordenó venir, y yo la obedecí gustosa: ese era mi deber.

—Tienes razon, Mélida, me respondió esta Clara que tiene fama de tan indómita, y que lo es, en efecto, no sabiéndola comprender: sí, tienes razon como siempre: perdóname mis quejas, porque tú eres mejor que yo.

Valentina no asistió al convite.

¡Cuánto habrá padecido su orgullo! ¡pobre Valentina! ella que estaba preparando para la comida tan lindo traje!

El banquete fué espléndido. Clara, vestida de seda blanca, con sus negros cabellos prendidos con una flecha de oro, con los ojos y las mejillas animados de orgullo y de alegría, estaba deslumbradora de belleza; puedo asegurarlo así sin que me ciegué el orgullo de hermana.

Así que se acabó la comida y se tomó el café, César salió, y yo, desde una de las ventanas del comedor, le vi tomar el camino de la aldea.

Dos días hace doña Ursula, la doncella de la Mariscala, le vió hablando con Valentina al lado de la fuente: y hoy le he visto yo desde lejos, al ir á misa con mamá á la iglesia de la aldea, parado bajo las ventanas de Valentina.

Ni Clara ni mi madre sospechan nada de esto: los preparativos para el casamiento siguen con rapidez: y yo tiemblo, y á nadie mas que á usted me atrevo á manifestar mis temores!

Mi madre me ha hablado de Juan Bautista con tanta bondad que, al oirla, he llorado mucho: me ha dicho que desea conocerle, que tenga esperanzas, y que mirará por mi felicidad.

Pero ¿qué importo yo, al lado de los dolores que preveo para mi desgraciada hermana? ¡ser engañada así! ¡oh, es horrible! aconséjeme usted, amiga mia, si debo callar ó revelarle á mi madre lo que sé y lo que he visto.

MÉLIDA.

(Se continuará.)

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

Insertamos con mucho gusto la siguiente composición, que creemos aplaudirán nuestras lectoras, la cual se debe á la pluma de la jóven y malograda escritora, señorita doña María Verdejo y Durán, de cuyo talento nos dejó, al pasar á mejor vida, tan elocuentes pruebas en sus *Ensayos poéticos* y en su obrita *La Estrella de la Niñez*.

### EL PASAJERO Y LA FLOR.

Lento asomaba el sol por el oriente:  
Era de mayo un día,  
Los tios murmuraban mansamente  
Y el céfiro las flores remecía.

Respetada del rudo torbellino  
Del aquilon, sencilla  
Se elevaba una flor sobre un camino,  
De un claro arroyo en la esmaltada orilla.

Era roja y al par de alba blanca;  
Dulce era su belleza,  
Y aun mas que su dulzor y su hermosura  
Brillaban su modestia y su pureza.

Jamás al revolotar con raudo giro  
El céfiro travieso,  
Al regalarle lánguido suspiro  
Logró estampar sobre su frente un beso.

Jamás al exhalar dulces querellas  
El bardo ruisenor,  
Aunque prendado de sus galas bellas,  
Osó atrevido demandarle amor.

Jamás el rio, que su pié mecía  
Con ondas murmurantes,  
Tentó á probar con ella su osadía  
Salpicando su cáliz de diamantes.

Pero acertó á pasar por el camino  
Un tulipan viajero  
Que al ver la flor bendijo su destino  
Y sentóse á su lado en el sendero.

—¡Oh, flor! ¡Cuán bella! el caminante esclama:  
¡Cuán grato es tu perfume!  
Ya del amor la abrasadora llama  
Mi palpitante corazón consume.—

Y cediendo del alma entusiasmada  
A un impulso violento,  
Puso sobre la flor la mano osada  
Y la arrancó del tallo en el momento.

Absorto el tulipan, se embebecía  
Respirando su aroma,  
Y aun lo aspiraba cuando se escondía  
Febo del monte tras la parda loma.

Y en su frente purísima estampaba  
Un beso y otro beso;  
Conmovida la flor se sonrojaba  
De pudorosa dicha entre el esceso.

Tantos besos al fin la marchitaron;  
Y de blancas y rojas,  
Pálidas como el ambar se tornaron  
Sus matizadas y fragantes hojas.

—¡Marchita estás por Dios! dijo el viajero,  
Cumpliste tu destino...—  
Y arrojándola á un lado del sendero,  
Prosiguió presuroso su camino.

Y fué tanto su olvido, ó su dureza,  
Que, despues de tirarla,  
No volvió el caminante la cabeza  
Ni siquiera una vez para mirarla.

Y aun yacerá la triste florecilla  
Tal vez en el sendero...  
¿Si estará allí esperando ¡pobrecilla!  
Que vuelva á recogerla el pasajero?

MARÍA VERDEJO Y DURÁN.

### UN PASO MAS...

(Continuacion.)

»Leo los periódicos escritos espresamente para reir, como ellos mismos dicen, y casi me dan ganas de llorar. Al propio tiempo oigo á mi espalda dos alegres carcajadas, vuelvo la cara y veo á dos que gozan leyendo el periódico que á mí me ha hecho tan poca gracia.

»Otra vez maldigo mi manera de ver las cosas, y me pregunto: ¿Por qué no ha de divertirme siquiera algo lo que á otros divierte tanto?

»¡Ay! pero no es esto lo que ahora me pone en cuidado.

»Yo convertido en... espía, sí, eso es, en espía de Luisa... ¿Qué hacer? ¿He de dejar á Pepe abandonado á su pasión?

»Sería lo mismo que dejar á un ciego solo en medio del campo. Posible es que llegara sano y salvo á un lugar seguro; pero es casi indudable que tendria algun tropiezo y que caeria tal vez para no volver á levantarse.

»El caminante que desoyera los ruegos del ciego que le pedia apoyo seria un miserable.

»¿Qué seré yo, si abandono á Pepe á la suerte en ese campo tan peligroso?

»Ya estoy decidido: estudiaré á Luisa, la observaré, leeré á través de sus ojos sus mas ocultos pensamientos, pondré en juego todos mis recursos para que se manifieste tal cual es, será su espía. La amistad de Pepe es sagrada.»

## II.

Esto escribia Blas á su amigo Juan.

Blas dedicó todo el tiempo de que podia disponer al estudio de Luisa.

Si el tiempo (poco mas de un mes) que dedicó á este asunto, lo hubiera empleado en crear y constituir una sociedad anónima de seguros sobre cualquier cosa, es mas que probable que Blas á estas horas fuera millonario, ó poco menos.

Pepe estaba enamorado hasta la médula de los huesos, enamorado como un bruto. Así le llamaban sus amigos, y así suele llamárseles á los que aman con todo su corazon.

Es verdad que Luisa le correspondia, al parecer, pero su corazon no era extraño á los combates amorosos: habia amado á otro durante tres años, y Pepe desplegaba por primera vez sus alas al amor, como dicen los poetas.

La primera vez se ama como nunca y es porque el corazon, y solo él, dirige nuestros pasos.

Cuanto menos se piensa mas se ama.

La razon es al amor, lo que el agua á la lumbre.

¿Porqué la juventud á veces llora y se desespera, y otras rie, y goza y baila, por decirlo así, al compás de la orquesta que forman en su cabeza, las esperanzas, las ilusiones, los deseos, el entusiasmo?

Porque el corazon, y solo el corazon es el que dirige sus pensamientos y el que pone ley á sus acciones: porque en esa orquesta, ora melancólica y tranquila, ora turbulenta y desesperada, el corazon lleva la batuta.

Ha dicho un sábio que el casarse pobre es hacer una escursión por la miseria con una mujer al cuello.

Pero esta sentencia, tan triste como cierta, no la tuvo en cuenta Blas, porque aunque Luisa era pobre, Pepe no podia temer á las primicias ni aun á algunas de las segundas necesidades de la vida.

He dicho que Luisa amaba á Pepe al parecer, porque nunca es bueno asegurar lo que no se sabe con certeza.

Ahora bien, pensaba Blas, ¿cuándo aman verdaderamente las mujeres y cuándo no?

El mar tranquilo es hermoso, pero debajo de su tersa y limpia superficie suele haber mas de un tiburón acechando al inesperto que se acerca.

Sin embargo, hay mares que contienen en su fondo perlas de gran valor.

¿Cuál es el mar de las perlas y cuál el de los tiburones?

No podia ver Pepe, como lo vió Blas, ni siquiera pasarle por la imaginación que Luisa pudiera tener el corazon dividido en dos, una mitad para él, para sus prendas personales, otra para su posición, para su dinero.

Blas creyó leer esto en el corazon de Luisa, y francamente Blas lo leyó con sentimiento.

Ya en otra ocasión se ha dicho que Pepe era, á pesar de sus pocos años, un hombre á la antigua, según unos; según los mas, un tonto.

Con sus tres mil duros de renta, ¿vaya un negocio que podia hacer! ¿A quién si no á él se le ocurre buscar una muchacha sin un maravedí?

«¡Negocio! exclamaba Blas, esta es hoy la gran palabra. La mentira, la perfidia, la mala fé, el crimen, se han cubierto el rostro con una careta. La careta es esta palabra: *negocio*.»

Pero no hay que hacer caso de Blas, porque há poco tiempo que está en la corte, ignora los adelantos modernos, y es caridad perdonarle, porque no sabe lo que se dice.

Porque Luisa amara á Pepe y á su dinero á la vez, ¿se la ha de juzgar de mujer de mal corazon?

No por cierto: de cuerdos es mirar á lo porvenir, y daría pruebas Luisa de poquísimos talentos, si no mirase si le convenia ó nó este matrimonio, tanto mas cuanto, que era de Pepe la mitad de su corazon, ¿Qué mas se la podia pedir?

Nada tiene que ver lo uno con lo otro: así que cuando Luisa pasaba por la calle de la Montera, un observador la hubiera visto mirar algunas veces suspirando á la casa núm. 58. Era una de las fincas de Pepe, la que mas le producía.

(Se concluirá.)

JERÓNIMO LAFUENTE.

## EL LUCERO DE LA TARDE.

(Continuacion).

—No, no, gritó Luisa fuera de sí; guárdese usted de hacerlo. Dice que matará á mi Clara á la menor muestra de hostilidad; y lo hará así, padre mio, lo hará así.

—Y ¿qué resolver en tal situacion, qué resolver?

—Dejar que se marche, perdonarle, concederle cuanto exija, todo, señor, todo con tal que nos devuelva á mi hija.

—¿Dejarle impune? no, yo no puedo: mi deber, el ministerio que desempeño me obligan á castigarle.

—Es que entonces ella perecerá, exclamó Luisa desesperada, y yo quiero que viva, yo quiero verla siempre.

—¿Y no comprendes que ya todos saben esta ruidosa causa? ¿no ves que no soy yo solo quien tiene que tomar parte en ella? La ley reclama el castigo de un criminal, la vindicta pública exige una expiacion de la muerte de un hombre: yo no puedo negársela, yo no puedo proteger á un delincuente.

—Pero mi hija, padre mio, mi hija que es pura, que es un ángel, pagará tambien con la vida el estravío de ese hombre. ¡Oh! si van á prenderle, la asesinará sin piedad, así lo asegura en su carta, y sus amenazas no son vanas.

—Mas.....

—Perdon, perdon para ella, compasion para una niña.

El señor de Padilla indeciso y sin saber qué partido tomar, estrujaba entre sus manos aquella carta, y miraba con pena el indescriptible anhelo de su hija.

Incapaz de aumentar su duelo, y sin ser dueño de conceder lo que Adrian exigia, no osaba tomar ningun partido, pues cualquiera resolucion que adoptase le debía ser siempre funesta.

Luisa anhelante le miraba con afan, espianando en sus ojos su postrer decision, de la cual dependia la suerte de su hija.

Así permanecian ambos, cuando la puerta se abrió bruscamente de par en par, y una mujer sin aliento y sofocada por la emocion se precipitó en la estancia.

Aquella mujer era Marta.

—Señorita, señorita, gritó, sin reparar siquiera en la presencia de D. Alonso, ya sé dónde está, ya sé dónde está.

—¿Quién? exclamó Luisa estremeuida.

—¿Cómo quién? mi niña, mi Clara; la hija de mi coraron.

—¿Sabes....?

—Vaya, ¡pues no lo habia de averiguar!

—Pero.....

—Tranquilícese usted, ya han ido por ella; mientras yo venia á anunciar.....

—Cielos, han ido....

—Sí: Rosa, la sobrina del molinero; la misma que ha dado con ella.

Las mejillas de Luisa estaban blancas como una perla y sus labios temblaban de una manera convulsiva.

D. Alonso tambien escuchaba con ansiedad.

—¿Mas quién te ha dicho....? preguntó la jóven con voz trémula.

—Toma, ella misma. Yo, á pesar de su mandato de V., habia preguntado en todas partes, habia dicho que la niña desapareció de la puerta de mi cabaña, donde jugaba mientras yo me hallaba dentro; tambien habia ido al molino, lamentando, como era natural, esta desgracia.

—Sigue.

—Pues bien, esta mañana me dijo Rosa: «Marta, en las ruinas de la capilla que hay en la cumbre del monte, he oido los gemidos de una criatura, al pasar por allí para acortar el camino que hay desde casa al cortijo de Pedro el leñador, ¿será la niña que buscas la que hay allí?—¿Y por qué no lo has visto? la dije yo.—Toma, me replicó, porque me dió miedo de entrar, sobre todo, cuando he visto á un hombre llegar hasta allí, con las mayores precauciones, y evitando que le viesen. No he querido que comprenda que yo le habia observado, pues la espresion de su rostro me inspiró miedo.» Yo la pregunté las señas del desconocido, y como concuerdan perfectamente al amigo de su hermano de V., á ese señor á quien nadie quiere aquí bien, no he dudado un momento que fuese una verdad la sospecha de Rosa.

—Sí, sí lo es; pero acaba por Dios, ¿decias...?

—Que Rosita fué en su busca; nada mas cierto; yo queria encaminarme allá sin vacilar, pero la muchacha no me dejó porque el camino es malo, y mis piernas no me permitirian llegar. Pero ella, que es ágil y ligera, se ha encargado de ello, pues aunque tenia un poco de temor todavia, Andrés su primo se ofreció á acompañarla.

—¡Oh, ¡Dios mio mio, Dios mio! exclamó Luisa juntando sus manos y dirigiendo sus ojos al cielo; haced que la encuentren.

—Yo ya no podia acompañarles, pues con mis años y por aquellas veredas tan estrechas, era posible subir: conocí su ansiedad de V. y no me dije, voy corriendo á avisar á la señorita, á darla esta nueva, ya que la pobrecilla está enferma y trastornada con esta desgracia.

—Has hecho bien, Marta, has hecho bien.

—Sí, sí: así podremos ir, y saber..... dijo el señor de Padilla adelantándose.

—¡El señor D. Alonso! murmuró la nodrina con temor; y yo que he dicho....

—Nada temas: todo lo sabe.

—¡Ah!

—Sí, pero ahora lo que es preciso es ir á la capilla, ver qué ha sido de Rosa, ver si ha logrado sacar de ella á la niña, dijo Luisa.

—Mas tú que estás tan débil ¿vas á salir de aquí? ¿quién te prestará fuerzas? ¿quién te dará valor?

—¡Oh! dijo la jóven con sublime espresion, el móvil mas poderoso que guia el corazon humano, el sentimiento mas grande que existe en él: ¡mi amor de madre!

(Se continuará).

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHES.

## REVISTA DE TEATROS.

La animacion del otoño.—El arte y la literatura.—Los teatros.—*Cadenas de oro*.—*Viva D. Canuto*.—*D: tal palo tal astilla*.—*El novicio*.—Noticias teatrales.

Con los primeros dias del otoño cesa la animacion de la naturaleza, la melancolía es la espresion de los campos y de los cielos, y entonces el alma, que no oculta algunos de esos pesares que la sumen en la meditacion y la ofrecen la tristeza como un consuelo, busca una animacion artificial en los mil espectáculos que han creado la fantasía y el sentimiento de lo bello para brindar al alma ese agradable recreo que la conforta y la libra de un ocioso aburrimiento.

Entonces vuelven del campo, de las orillas del mar, de los pintorescos baños las mujeres hermosas que adornan los salones y los teatros; la sociedad, dispersa por el calor, se reune y se condensa á impulsos del frio, y el arte y la literatura, esos eternos compañeros de los que sufren y de los que gozan, esos amigos que se doblegan á nuestros sentimientos, que nos hacen llorar cuando necesitamos exhalar en lágrimas nuestras penas, que nos recrean cuando todo lo vemos de color de rosa y necesitamos que nos expliquen nuestras alegrías, la literatura y el arte, repito, se anticipan á nuestros deseos y brillan en los teatros y en los salones para darnos lo que el tiempo nos quita en el otoño y en el invierno, flores, perfumes, paisajes, cielos serenos, entusiasmo y vida.

El arte y la literatura son la eterna primavera del alma.

Por eso, al inaugurarse la temporada teatral en este tiempo, acude el público presuroso á saborear los frutos del talento, y se rodea de los nuevos libros, y asiste á las esposiciones de pintura, que con mucho acierto se celebran en el otoño, cuando se necesita creer y esperar, cuando es preciso reemplazar el calor que nos deja y ofrecer á la vista espectáculos menos pa-

téticos que el de las hojas que se desprenden de los árboles, que alfombran el suelo y desaparecen en alas del tor bellino que las acecha.

Pero voy á hacer una revista de teatros, no á pintarlos un cuadro que con belleza inimitable han pintado Delille, Victor Hugo y Cienfuegos.

En el teatro del Circo, nuevamente restaurado y adornado con mucho gusto, la compañía que dirige el simpático é inteligente artista Tirso Obregon inauguró sus tareas con una zarzuela de los escritores Navarrete y Larra y del inspirado maestro Arrieta.

*Cadenas de oro*, que este es el título de la nueva obra, ya lo saben mis lectoras de Madrid y lo presumen las que viven en las provincias, son las cadenas del amor. Una intriga cortésana, una pasión purísima y una caprichosa afición hacen que un jóven cantor ambulante se vea de pronto, aunque sin libertad, disfrutando de cuanto puede apetecer el hombre mas apegado á los goces de la vida. La intriga palaciega tiene por objeto desbancar á Farinelli, privado de Fernando VI, oponiéndole al jóven cautivo que se llama Fabio, y cuya voz consigue electrizar al monarca. La pasión es la de una de las damas de la reina, que está en la intriga y que se enamora del galán, siendo correspondida; el caprichoso afecto es el de una duquesa de cierta edad, ó mejor dicho, de una edad cierta, que se enamora tambien del ruiseñor encadenado sin conseguir ablandarle con sus reclamos.

La intriga, bastante bien conducida, adornada con una preciosa versificacion y esmaltada con una música bellísima, ha logrado un triunfo y ha hecho pasar entretenidos y deliciosos momentos á los espectadores.

Obregon, las señoritas Uzal y Toda, que son dos escelentes adquisiciones, la señora Soriano, siempre oportuna y siempre simpática, Sanz y los demás artistas contribuyeron al éxito de esta zarzuela.

Despues se han estrenado en este teatro otras dos zarzuelas, pero de ellas hablaré en mi próxima revista.

La comedia *¡Viva D. Canuto!* del conocido actor D. Elias Aguirre, no se distingue seguramente por la originalidad de sus tipos ni de su argumento; pero la distribucion de las escenas, y sobre todo la versificacion fácil y espontánea, revela el instinto cómico y las dotes literarias que adornan á su autor, lo cual, unido á las pocas pretensiones de la obra, hacen de esta comedia un juguete sumamente agradable.

La señora Vila ha desempeñado el papel de una romántica con notable acierto, y la señorita Fernandez ha hecho una escelente manola de rompe y rasga.

Réstame ahora decir algo acerca de la zar-

zuela del Sr. Selgas *De tal palo tal astilla*.

Es un precioso cuadro de costumbres, una verdadera joya literaria, y cada día se reviste de nuevas galas á los ojos del público que le admira.

Su asunto es muy sencillo, pero las situaciones, en que abunda, no pueden ser mas nuevas y agradables, y está escrita con esa magia de estilo, con esa encantadora espontaneidad que se nota en todas las obras de su autor.

Así, pues, nada tiene de extraño que de un *palo* como el Sr. Selgas—metafóricamente hablando—haya salido una *astilla* tan deliciosa como su nueva producción. Aquel intrépido y enamorado mancebo, que inclina los ojos en presencia de su rígido y severo preceptor, pero que gracias á su carácter franco y emprendedor, se ha hecho dueño absoluto del corazón de Rosa y ha conseguido desbancar á cuantos bebían los vientos por ella, aquel gallardo marqués, que puede considerarse como un nuevo D. Juan Tenorio, y que despues de muchos años de continuas aventuras vuelve á la aldea con el objeto de abrazar á su hija, todas estas personas al lado del cándido D. Profundo y del testarudo padre de la inocente Rosa, son otros tantos tipos descritos con admirable facilidad y belleza.

Otra de las zarzuelas representadas se titula *El novicio*, y la censura de teatros, al prohibirla, no dió, como muchos suponen, una prueba lastimosa de su falta de criterio, pues si no hay en ella nada que ofenda á la moral, está escrita con esa libertad que ataca en gran manera á las sanas costumbres. Entre las piezas de música que tiene, merece citarse un lindo terceto que ha sido justamente aplaudido.

El Sr. Landa y el humorístico Caltañazor se distinguieron notablemente en el desempeño de sus respectivos papeles.

También se han representado en el coliseo de la zarzuela una comedia en tres actos muy bien escrita, pero poco pensada, con el título de *Ví y Venci*; otra en un acto titulada, *Un animal raro*, que como la anterior fué flor de... pocas noches. Por último, se ha puesto en escena otra producción dramática titulada *Don Felipe*, que está llamada á dar buenas entradas.

El teatro de Rossini, que tan favorecido se ha visto últimamente, y cuya empresa ha hecho tantos sacrificios para conquistarse el favor del público, ha terminado su temporada. La empresa del Régio coliseo tendrá que luchar con el vivo y gratisimo recuerdo que deja por mucho tiempo la de los *Campos Eliseos*, y para no ser vencida, ha contratado ya una excelente compañía.

La del Príncipe ensaya una comedia de Calderon: las de Variedades y Novedades comenzarán sus tareas muy en breve.

Con estos elementos, el año promete. ¡Quiera Dios que cumpla!

J. NOMBELA.

## ESPLICACION Y APLICACION

DEL FIGURIN.

FIGURA 1.<sup>a</sup> *Traje de boda*.—Vestido de glasé blanco, cubierto con otro blanco también, de tarlatana muy fina: este último está adornado en la parte inferior de la falda, del modo siguiente: un volante de punto de Inglaterra, haciendo ondas: otro volantito para cubrir la pegadura del anterior, de tarlatana, cogido á cañoncitos: dos entredoses bordados: otro volante de punto de Inglaterra: y finalmente, otro volantito de tarlatana encañonado y con una pequeña cabecilla que se señala con un soutache de seda blanca; todo el adorno sigue las ondulaciones que describe el primer volante.

Cuerpo alto, que forma dos puntas en la espalda y chaleco por delante, recortado en feston alrededor del talle, y este adornado con un pequeño encaje.

Mangas ajustadas, adornadas en la parte superior por un encaje que forma jokey y un pequeño encañonado de tarlatana; en la inferior, están abiertas, redondeadas en la costura del codo y guarnecidas de otro encaje, de un encañonado y de un entredós.

Velo blanco, de tul de seda, liso.

Algunas ramas de azahar, entrelazadas con margaritas, adornan los cabellos y la pequeña gorguera de tul de seda, que guarnece el escote del traje.

Botitas de raso blanco con lazo de encaje.

Guantes blancos, con dos botones.

Este traje es lindísimo; pero nos parece que no armoniza bien la tarlatana con el rico encaje de los volantes: caso de adornarle tan ostentosamente, sería de mejor efecto colocar los volantes sobre el glasé blanco, suprimiendo la tarlatana, que no es posible sufra el peso de tan recargado adorno, ni su ínfimo precio se aviene con los volantes de Inglaterra.

Caso de hacer el traje de tarlatana, y aun para una novia de módica fortuna, aconsejamos adornarle solo con los encañonados de la misma tela, y los entredoses, lo que nada le hará perder de su frescura virginal.

La hechura es elegantísima y de gran novedad, por lo que la recomendamos eficazmente á nuestras constantes favorecedoras.

FIG. 2.<sup>a</sup> *Traje de baile*.—Vestido de glasé gris-tórtola: al borde de la falda, lleva este nuevo y delicioso traje un volante del mismo glasé montado á tablas, al que sirve de cabeza un escarolado de glasé rosa: segunda falda de tul del mismo color que el glasé, ligeramente bullonada en cada costura: estos bullones están

sostenidos por multitud de lazadas hechas con cinta estrecha de gasa rosa, que rematan en cabos cortos en la parte inferior, llegando, en la superior, hasta el talle.

El cuerpo de este traje está reemplazado por un coselete bearnés, recortado en almenas pequeñas en el escote, y que tiene peto delante y detrás: está adornado de tirantes de cinta rosa bullonada, que forman figaro en el pecho, y peto en la espalda.

Las hombreras las forman dos grandes grupos de lazadas de cinta, en armonía con las que adornan la segunda falda.

Camiseta interior de tul de seda, blanco, con mangas formadas por un bullon de tul blanco, cubierto de tul gris-tórtola.

Peinado *Maria Antonieta*, adornado de un lazo de cinta rosa y de dos ramas de rosas, que se entrelazan con el cabello.

Triple collar de perlas finas.

Grandes pendientes y brazaletes enriquecidos de perlas.

Guantes blancos de cuatro botones.

La tela, la hechura y el color de este traje, son de la mas alta novedad, y de la mas perfecta distincion: le recomendamos á las señoras jóvenes, para la apertura del régio coliseo, seguros de que la que lo elija no ha de hallar muchas copias de él.

Para señorita, está adornado con demasía, y es un poco oscuro; pero será precioso hecho en tafetan y tul blanco, y suprimiendo algo de su adorno, como el ruche de la primera falda, que podrá sustituirse con un encañonado de cinta de gasa rosa.

Fig. 3.<sup>a</sup> *Traje de concierto* — Vestido de tarlatana color de paja, sobre otro de tafetan de igual color, adornado en la parte inferior de la falda con tres rizados de la misma tela, colocados formando grandes picos: en los huecos de estos se ponen rosetas de encaje negro con un ramito de cerezas en el centro de cada una.

Cuerpo escotado de dos petos, con berta formada por un volantito de tarlatana.

Mangas cortas, que consisten en un bullon de tarlatana paja, sobre otro de tul blanco.

En el pecho y peinado ramas de cerezas con follaje verde.

Echarpe de encaje negro muy ligero.

La circunstancia de estar este traje guarnecido de frutas, le hace impropio para señorita: las leyes del buen gusto colocan á la misma altura las plumas, las frutas y las joyas: es decir, que todo esto es inútil como no esté sancionado por el matrimonio.

Suprimiendo el echarpe, y reemplazando las rosetas de encaje y las frutas con lazos de cinta de raso punzó, es un vestido lindísimo para señorita, y mucho mas si tiene el cabello negro.

Las frutas del peinado podrán ser reemplazadas en este caso con algunas flores de granado ó de verbena, y no vacilamos en repetir que hará un efecto encantador á la luz de las bujías.

Fig. 4.<sup>a</sup> *Traje de soirée*. — Vestido de tul azul, adornado de bullones, sobre otro vestido de tafetan blanco: los huecos de los bullones que se colocan ondeados, se llenan con ramitos de margaritas y amapolas de los campos.

Cuerpo de talle redondo y escotado, de tafetan blanco, cubierto en el pecho de tul azul.

Sobre este, segundo cuerpo de tul azul, que forma figaro por delante, y frac de largos faldones por detrás: dicho frac tiene las mangas cortas, y estas, lo mismo que el borde de los faldones y el escote, están adornadas de un bullon de la misma tela: el talle está señalado por dos dibujos de felpilla azul muy ligeros.

Entre el peinado, formado de bucles y tirabuzones, van entrelazadas cintas azules, espigas y flores de los campos.

Guantes blancos.

Este traje nos parece de un gusto bastante extraño por lo pronunciado de sus colores: aconsejamos a las señoritas que lo adopten—pues es propio de la primera juventud—que supriman las amapolas y lo adornen solo de margaritas, lo que lo hará mucho mas distinguido: tampoco admitimos el *frac* mas que para trajes de casa ó campo y creemos que en la sociedad pertenece de derecho al sexo fuerte: esta forma es una escentricidad poco acorde con el buen gusto.

De los peinados que nuestro grabado representa, repetiremos lo que ya dijimos en otra ocasion: todos ellos son postizos, y obra de un hábil peluquero, necesitándose solo inteligencia para su colocacion.

De regreso ya de sus viajes de verano una gran parte de nuestras bellas lectoras, abriéndose los teatros, é inaugurándose las diversiones del invierno, creemos complacerlas con nuestro grabado, como asimismo á algunas jóvenes y lindas suscriptoras, que sabemos van á inclinarse sus bellas frentes ante la coyunda de Himeneo, tan ligera cuando la forma el amor y tan suave cuando la sostienen la dulzura, la caridad, el buen orden, la bondad, el trabajo, la fé cristiana, el cariño al hogar y todas esas silenciosas, suaves y modestas virtudes que, como perfumadas violetas, envuelven con su aroma el dulce nido doméstico.

PAMELA.

Por todo lo no firmado,

MARIA DEL PILAR SINUÉS DE MARGO.

Editor propietario, JOSE MARCO.

MADRID: 1864.—IMPRESA ESPAÑOLA, TORIJA, 14.